

EL GENERAL FERNANDEZ DE CORDOVA

por LUIS AGUIRRE PRADO

Al aproximarse al hecho histórico, es obligado para el tratadista veraz el abandono de la carga de prejuicios que, inexorablemente, falsean la apreciación de circunstancias y de actuaciones. El historiador necesita independencia para identificarse con los personajes que analiza, valorar circunstancias y ambientes, y sopesar las reacciones, tanto de las figuras principales como de las masas, ese coro de influjo decisivo en ocasiones. Porque aun cuando el historiador no pueda, por imperativo del tiempo, conocer *de visu* la época que estudia, sí está obligado a entreverla, si desea que la proyección no acusé deformaciones. A este bagaje de certeza acompañará el convencimiento de que las acciones de los hombres, fundamento de lo histórico, nacen principalmente de la voluntariedad, pero también del concierto de circunstancias y de la fuerza inexorable de lo fortuito, cuya generación y desarrollo no pueden cronometrarse. De esta forma se hallará el historiador en condiciones de apartar de su investigación cuanto signifique influjo tendencioso.

Frecuentemente, la pantalla de la parcialidad se levanta entre nosotros. La graduación de los hechos, el sereno estudio de las condiciones de los personajes, el influjo ambiental y la obligatoriedad de procedimiento, según las circunstancias, no suelen valorarse con justeza, porque la deducción ya estaba prefijada en aras del partidismo. Y esta perfilada concreción partidista se acusa al tratar de sucesos y actuaciones relacionadas con contiendas internas.

UN MILITAR DE VOCACIÓN

De esa apreciación desenfocada nos ofrece testimonio convincente un personaje que alcanzó preponderancia insuperada en su época, evitó el ruidoso triunfo de quienes soslayaron el cumplimiento de deberes, desempeñó misiones diplomáticas transcendentales, manejó

con seguridad millares de hombres en campos de batalla, fué sostén de situaciones ministeriales, mereció la confianza de monarcas y de grandes sectores sociales, se enfrentó con la acumulación despótica del poder y supo afrontar con alteza el desamparo. Este personaje fué don Luis Fernández de Córdova, el de buen linaje, cuyos antecesores respondieron a la llamada del honor, conscientes de lo que en lances de guerra significaba aquel apellido.

En tanto que existen nombres oreados por la reiterada publicación de libros y trabajos dedicados a ellos y suscitan frecuentes estudios y análisis, don Luis Fernández de Córdova cuenta con escaso aporte bibliográfico, no obstante lo destacado de sus actuaciones, la constancia que de ellas dejó su hermano don Fernando, la pauta dada por él al estudioso con su *Memoria Justificativa*, y los certeros juicios y notas que se deben al buen Intendente, su amigo don Serafín Estébanez Calderón, divulgados por su sobrino don Antonio Cánovas del Castillo.

Oficial imberbe, ya da la primera muestra de su decisión. El atrevimiento de Riego en Las Cabezas, fué incentivo de Quiroga, dueño de San Fernando, para acciones sobre la plaza de Cádiz. La demora en el avance hacia la ciudad, dió renombre a Córdova, que supo apreciar la importancia de La Cortadura para la defensa. Unos artilleros y los milicianos, integrados en el conjunto popularmente conocido por «Regimiento de la Pava», le bastaron para su propósito defensivo. Y no precisó de otro elemento que del fuego de su cigarrillo para lograr que dos cañonazos acabaran con los intentos de una columna en facción.

Conviene precisar el suceso, porque en él se nos presenta Córdova con cualidades de militar de vocación que sabe el modo y la forma de actuar. Alcalá Galiano, que conoció directamente los hechos, nos dice: «Pero Córdova sólo supo que había una rebelión o sedición militar y que faltaban fuerzas para hacerle resistencia, si bien no tanto que algo no pudiese hacerse, y esto poco cubriría de gloria a quien con brío la acometiese, mayormente si, favoreciéndole la fortuna, salía airoso de su empeño. Marchó, pues a La Cortadura, con poquísima gente de la milicia urbana y algunos artilleros; llegó allí por su buena suerte y nuestra desdicha, y la tardanza de Quiroga, como una hora antes de que los que venían a ocupar aquel puesto se presentasen, al sentirlos venir dió voces, armó alboroto, tocó tambores, aparentando tener consigo gran fuerza, mandó hacer disparos con tanta felicidad, que de dos cañonazos uno hizo

estragos en sus enemigos, y con su osadía y habilidad, cuando ya pocos, si acaso algún mal disparo podía hacer, vió retirarse a los que venían a apoderarse del punto de cuya defensa se había encargado, labrando con este hecho la fábrica de su fortuna, que después tuvo su mayor aumento en una causa, si no idéntica, análoga a la de que él había sido ardoroso contrario, y todo ello no con una deserción vergonzosa, sino al revés, sin mengua de su decoro.»

Había hablado ya el cañón, y su lenguaje trazó el porvenir de Córdoba, que en la acción citada, y en posteriores, mostró aquel anhelo de gloria, aquel prurito de distinción que fué su norte en el decurso de su vida, corta en el tiempo, pero dilatada en hechos. El pensamiento que le incitó en esta ocasión, que le costó amenazas, prisiones y destierros, en otras posteriores, entre ellas la que tuvo lugar el 7 de julio, fué la fidelidad al Rey que tanto favor había otorgado a su familia. Luego, cuando consolidó su formación política, el incentivo fué el deseo de que la nación estuviera regida por «un Gobierno representativo y liberal, más en armonía con la Corona y con el estado del país, que cobrara fuerzas propias en mayor y más equilibrada distribución de los poderes políticos y pudiese emanciparse totalmente del despótico capricho de las pasiones y pandillas». Córdoba, el tachado de absolutista por su agradecimiento a Fernando VII, no pretendía el despotismo para su país, sino el asentamiento del orden jurídico que hiciera frente a la ilegalidad.

La síntesis política de Córdoba puede fijarse diciendo que es un anhelo de superación en orden nacional, para que la Patria no sea botín entregado a un partido, ni holocausto a un hombre favorecido por la circunstancia.

SURGE UN GENERAL

En la rápida carrera militar de Fernández de Córdoba apoyaron sus juicios ciertos exégetas, no conformados suficientemente al tema, para restar méritos a su actuación. Más político que militar, afirman unos; quiso aplicar al campo de batalla procedimientos que hubieran estado bien en los salones diplomáticos, aseveran otros. El vencedor en Mendigorria fué, en efecto, un general improvisado. Pero lo fué en cuanto a la designación, no en lo que se adscribe en arte militar al mando de tropas, utilización del terreno y empleo del material. Ni al rápido enjuiciamiento de la maniobra enemiga y del plano en que tenía su desarrollo.

Unánime es la apreciación de las condiciones militares de este militar, que dejó la vida en esa prematura edad en que, afirma San Agustín, comienza el hombre a recorrer el camino de su ruina. Los mismos tratadistas del Carlismo reconocen la superioridad de Fernández de Córdova sobre todos los generales cristinos que tomaron parte en la campaña, entre ellos Espartero, a quien, a pesar de que este no podía sufrir la preponderancia del que fué su jefe, ensalzó en toda ocasión y propuso para sucederle en el mando supremo del ejército.

Bastaría la apreciación del insigne tratadista Villamartín, para el convencimiento de que Fernández de Córdova poseía aquellas cualidades que otro preclaro escritor militar, el Marqués de Santa Cruz, consideraba como necesarias para el generalísimo de país y ejército, y que constan en el tomo primero de sus *Reflexiones Militares*. Villamartín que, como luego veremos, pone sus objeciones a la concepción de las líneas de Córdova, indica al estudiarlas: «De todos los generales eminentes que en ella (en la guerra Carlista) han figurado, de todas las reputaciones devoradas por la audaz ignorancia de los unos, por el fanatismo e imprudencia de los otros; de todas las víctimas de los consejos aúlicos de café, de los diplomáticos y guerreros de la plaza pública, sólo tomaremos aquellos dos en cuya época de mando se elevó la guerra desde el ardid hasta la batalla, desde la partida hasta el ejército; estos son don Luis Fernández de Córdova y don Tomás Zumalacárregui.» Es manifiesta la justicia de esta elección, ya que estos dos caudillos eran infinitamente superiores a los restantes generales de uno y otro bando. El desarrollo de sus planes lo demuestra. Y también la continuidad de las operaciones cuando el uno muere y el otro cesa en el mando de las fuerzas. Entonces la intriga, el soborno y la traición, alcanzan superior efectividad a la estrategia y a las dotes de mando.

Córdova conocía el modo de captar al soldado, y su elocuencia le facilitaba el período emotivo en el justo momento. Después del ataque de Piedra-Millera, ejecutado por su orden y contra la voluntad de Oráa, Córdova dijo a este general en el acto de presentarse a él luego de la acción: «Ya ha visto usted, brigadier Oráa; *Gerona* vence y sube por todas partes, sobre todo cuando usted lo manda.»

Al día siguiente revistió las fuerzas, y con su acierto habitual fué encomiando la intervención de cada unidad. «Soldados —dijo al Regimiento de Soria—, vuestro valor de ayer os hace dignos del cor-

batín colorado que ganó vuestro Regimiento en la Guerra de Sucesión.» A los del «Infante» les reiteró las gracias que les diera el día anterior en pleno combate, por haber atacado de flanco. Al Regimiento de la Guardia se dirigió de esta forma: «Soldados de la Guardia, habéis heredado las glorias de los Guardias españoles de Bailén y de la Albuera, y seréis siempre invencibles.» Cada uno de los cuerpos tuvo su elogio y su evocación para resaltar sus intervenciones. La arenga a la Artillería lleva este colofón: «La Artillería ha hecho siempre lo mismo, y nunca ha hecho menos.»

Y de la misma forma que afluían elogios e incentivos, surgía la fría y enérgica advertencia cuando de las actitudes podían generarse conatos de indisciplina. Avisado por Oráa de haberse comprobado un movimiento insurreccional de la guarnición de Puentelearrá, que podía propagarse a las tropas situadas en Pancorbo, cubre en una hora las tres leguas que le separan de esas fuerzas, y sin temor a los soldados en rebeldía, se mete en medio de ellos, los tranquiliza, les promete la victoria y los emplaza al cumplimiento del deber. «Soldados, les dice, hagamos frente al enemigo para vencerle, y volvamos las espaldas a las disensiones políticas que desgarran las entrañas de la Patria.» Con justicia le decía Martínez de la Rosa en una carta: «Lo que dije entonces, lo veo confirmado cada día y lo repito ahora: el mayor servicio que está prestando ese ejército a la Patria no consiste en contener al partido rebelde y vencerle siempre que se presenta la ocasión; la empresa más ardua, la más difícil, la que más honra a usted, es mantener ese ejército bajo los principios de orden y de disciplina, sin que lo corrompan y disuelvan nuestras disensiones políticas.»

A los jefes soberbios que no logran reprimir eclosiones de violencia, los amordaza con su decisión. Un ejemplo de su firmeza nos lo ofrece su actitud frente a Narváez, su fraternal amigo posteriormente. Al pie de las posiciones de Arlabán, la escena. Inmóvil la división de Rivero y en vanguardia el Regimiento de la Princesa, mandado por el que sus enemigos calificaron de «Espadón de Loja». Sin temer al tiroteo enemigo, Córdova llega hasta esos soldados y les dice: «¡Soldados!: Váis a combatir delante de la Legión extranjera y a mostrar cómo vencen o perecen los soldados españoles.» En tanto el general decía esto, Narváez mostraba con su semblante el mal efecto que le causaba la intervención de Córdova. Al fin no pudo más y en tono destemplado exclamó: «Mi general, perdone V. E., pero ni yo ni mi regimiento necesitamos que se nos

jalée!» Volvióse Córdova hacia él en rápido movimiento, y con la mayor frialdad y mirándole de modo imperativo le dijo: «Usia oirá en silencio y con respeto la palabra de su general.» Rápida fué también la reacción de Narváez al decir: «Y por el general y el amigo sabré morir.» Un fuerte apretón de manos entre ambos firmó la escena, rubricada con la victoriosa ocupación del objetivo designado, y una herida en la cabeza que recibió Narváez, el coronel de los bellos avances.

Para Córdova todos sus soldados merecían el mismo trato, y a todos les mostraba aquella educación, aquellos ademanes selectos encomiados en Cancillerías y en salones. Cuando corrige, no daña ni con el epíteto ni con el gesto; deja que el concepto lleve la fuerza correctiva necesaria. Igualdad continuada. Al extender el parte correspondiente a la batalla de Mendigorria, hace constar que «se abstiene de recomendar a ninguno, por el temor de ofender a todos».

Nos dice Villamartín que «valor en el combate, humanidad en la victoria, nobleza y religiosidad en el cumplimiento de los pactos, deben ser la norma de conducta que se debe seguir con el enemigo». Córdova llega al Norte cuando se ejerce la más bárbara ley de represalias. Como si el mutuo exterminio fuera el estratega único que había de decidir la victoria, se fusila, se alancea sin piedad a los vencidos, a los paisanos, sin barreras de edad, sexo ni condición vital, dejando por los campos centenares de violáceos cadáveres desnudos, que son cebo de las aves.

Córdova frenó el desenfreno, parlamentó cuando lo urgía la cuestión, procuró la realización de canjes, y en cuanto pudo se apartó de los procedimientos anteriores. Con Elliot redactó el famoso Convenio que lleva el nombre de éste, el cual vino a sustituir el máximo empleo de la Ley marcial por un procedimiento humano. A Córdova no se le hubiera ocurrido jamás encabezar una carta a estilo de aquella de Quesada: «Al jefe de salteadores y bandidos Zumalacárrgui...» Con el marchamo de «¡Es la guerra!», cerraban en uno u otro campo la nueva Caja de Pandora, antes de que llegase el General cristino de los treinta y cinco años de edad.

Córdova poseyó el don de la elocuencia, y durante su mando la prodigó en arengas, proclamas y notas. Ya hemos apuntado cómo su frase enlazaba la concisión a la fuerza. Modelos de bien decir han recogido las antologías, y entre ellos podemos citar las proclamas dadas al día siguiente de la acción de Allo y la correspondiente a la batalla de Mendigorria.

GENERALES ANTECESORES

Fijada ya la personalidad de Córdoba, se impone para el enjuiciamiento revisar la actuación de los generales que le precedieron en el mando supremo, para que resalte el contraste. Esa eslabonada actuación, unida a la de Zumalacárregui, son premisas indispensables al tratar de Córdoba como actor principal en el teatro de la lucha.

Sucesivamente fué consumiendo Zumalacárregui programas, intentos y actividades de los generales cristinos con mando en jefe. El primero de ellos Valdés. La efímera actuación de Sarsfiel no exige que pueda ser considerado este general como hito comparativo en la correlación castrense precisa para la valoración de Córdoba.

Frente a Valdés, el ejército fantasma de don Tomás y la red de confidentes que iba filtrándose por la retaguardia cristiana, descubriendo planes y preparativos, captando las noticias y penetrando en los informes. Exploradores por risqueras, valles y lugares. Los que pertenecían a las fuerzas carlistas llevaban la alarma a determinadas zonas estratégicas, provocando reacciones cristinas en lugares en donde no convenía la operación, pero sí era necesaria la concentración de fuerzas que dejaran libres otros sectores, propicios a la actuación carlista con el máximo de eficacia y el mínimo de pérdidas. La falsa pista era compañera del informe que precisaba la situación de fuerzas de choque nutridas de efectivos, que acampaban en desfiladeros o cubrían las crestas de elevados escarpes. A cambio de estos informes, que no tenían realidad sino en la fantasía, se llevaban del campamento cristino la exactitud de los efectivos, la determinación del armamento, el posible juego de las columnas.

Valdés se convenció pronto de que no era misión fácil, como supuso, el batir al general que tenía enfrente, y agrupó sus hombres en cuatro divisiones. Como imantadas llevó a las fuerzas adversarias el caudillo carlista. Un tanto de importancia se apuntó don Tomás en su labor de desgaste de fuerzas contrarias, única que le era factible con embriones de ejército, penuria de dineros, de armas y de unidades de verdaderos soldados: la ocupación de la Real fábrica y fuerte de Orbaiceta. El éxito fué completado con la acción de los encamisados carlistas en Zubiri. Valdés comprendió que era el momento de dimitir. Había fracasado su plan de encerrar a Zumalacárregui en el Valle de las Amézcoas. La presa que se creyera al alcance al iniciar

su mando, se escabullía, forzaba las salidas, se esquivaba a los intentos contrarios, logrando aprovechar con seguridad la circunstancia.

Quesada, que conoció con fruición el fracaso de Valdés, inició su misión de mando mediante la persuasión.

Ninguna acción de guerra hasta disponer de medios suficientes para la ofensiva, fué el lema de Zumalacárregui frente al ardor bélico de su rival. Pero no inactividad ante el que iba a dejar un «odio renombre», que aumentaba los enemigos a medida que crecían los rigores. La maestría de Zumalacárregui era demostrada sobre la realidad topográfica. Por entre las columnas cristinas maniobraba el ejército fantasma, que con frecuencia pasaba de envuelto a ser envolvente, pese a que sus voluntarios caminaban a veces «profundamente dormidos, sin seguir unos a otros, tropezando con los troncos de los árboles», como en la bajada hacia el pueblo de Contrasta.

Y ni la «Ley de represalias», ni las marchas y contramarchas para atacar las Amézcoas, facilitaron la prueba de que Zumalacárregui calumniaba al decirle a Quesada, en carta que merece ser leída en todo su contexto: «Desgraciado Gobierno aquel que fía hombres a la dirección de un ente tan nulo.»

Ya tenemos a Rodil en campaña, pues en ésta se precisaba una eficacia que no lograba la *Gaceta de Madrid*, buena forjadora de victorias. Llegaba bien provisto de efectivos y de deseos el general, a cuyo mando quedaban sometidos militares de brillante historial, entre ellos don Luis Fernández de Córdova, que mandaba la tercera división.

Con retórica iniciaba su mando Rodil, cuando eran la táctica y el conocimiento del problema lo que urgían.

Doble era el propósito de Rodil: capturar al Pretendiente y deshacer a Zumalacárregui, estrechando el círculo en torno a los personajes y a sus fuerzas. El caudillo carlista no titubeó y se dispuso, al no contar con las fuerzas precisas para atacar a Rodil, a sortear los posibles encuentros con éste, a observar los movimientos de los jefes cristinos, y a caer sobre cualquiera de éstos cuando la ocasión fuese propicia. Su actitud, en orden de circunstancias, fué imitada por Rodil. Que la astucia exige correspondencia de idéntica calidad, y es axiomático que las reglas se sacan de las batallas, en las que terreno y enemigo imponen la decisión.

La acción de Artaza obligó a Rodil a modificar totalmente su plan de campaña primitivo, consistente en extender una red de guar-

niciones que en perfecto enlace pudieran descubrir cualquier movimiento del enemigo, permitiendo, en un momento preciso, realizar ataques concéntricos sobre el núcleo rival, para dislocar sus manobras y destruir sus efectivos. Veamos lo que nos dice Córdova del nuevo propósito de su jefe, dirigido a lograr un golpe de efecto que conformara a la «opinión pública»: «A mediados de agosto me destinó el general Rodil a perseguir al Pretendiente. El bien conocía, lo mismo que yo, que era un trabajo inútil, por improductivo y comparable a la persecución de un cuerpo corriendo en pos de la sombra que proyecta. Pero lo dispuso probablemente así para conformarse con las instrucciones del Gobierno, el cual, por su parte, cedía sin duda también a la necesidad de satisfacer las exigencias del público, necesidad que ha sido frecuentemente costosa en esta guerra y algunas veces funesta a la causa nacional. Gran partido sacó Zumalacárregui del error, que nos hizo emplear en aquella fantástica persecución parte de las fuerzas que deberíamos haber empleado en combatir al grueso de la facción.»

Con desencanto comprobó Rodil el balance negativo de propósitos y el positivo de desgaste de sus soldados. Y descorazonado, esperó a que le sustituyera Mina.

Con Mina llegaba al campo de batalla el símbolo. Pero no era el símbolo lo que en aquella ocasión se precisaba para medirse con el que tantas lecciones prácticas estaba dando. El antiguo guerrillero tampoco ahorraba la retórica y se expresaba de esta forma en una Orden encaminada a levantar la moral de sus fuerzas: «Soldados, contadme como el último granadero del ejército que, armado de un fusil, siempre que el caso lo requiera, compartiré gustoso vuestras mismas fatigas, hasta que hayamos conseguido una completa victoria.»

Mina, en unos días de mando, se dió cuenta de la calidad militar de su oponente. Convencido de la realidad, recabó del Gobierno el que se desguarneciesen por algún tiempo los puntos menos expuestos, cargando toda la fuerza al Norte, punto vital y decisivo. Continuidad del tejer y destejer característico, que tantas obras de conjunto ha dificultado en nuestro solar.

La desastrosa retirada de Lorenzo en Arquijas, la toma de Los Arcos y la derrota de Donamaría, dieron la réplica a Mina. Y el convencimiento. Su acción de mando estaba concluida. El que llegó al Norte para «concluir con la facción moribunda del carlismo en obra de unos cuantos días», firmó en Pamplona un escrito dimisio-

nario el mismo día en que el Gobierno acordara sustituirle por el Ministro de la Guerra, don Jerónimo Valdés.

Con lujo de fuerzas aparecía Valdés, el que se dispuso a atacar, en su posición de las Amézcoas, al caudillo carlista. Este, que carecía de artillería, decidió esperarle en los agrestes desfiladeros. Cuando comprobó que las fuerzas de Valdés pernocaban en Contrasta y sus inmediaciones, exclamó:

— ¡Nunca creí que Valdés tuviera tan escaso entendimiento!
¡Está perdido!

Una vez más iba a mandar la topografía.

Culminó el asombro de Zumalacárregui al comprobar cómo todo el ejército de Valdés subía al día siguiente para acampar en la imponente mole de Urbasa. El caudillo carlista nos presenta la situación y el efectivo: «¡Qué contraste! ¡Nosotros con cinco mil hombres, faltos de recursos, alojados con toda comodidad! ¡El enemigo, con veinte mil, situado en posición dominante, y asistido de todo lo necesario al objeto que se proponía, precisado a acampar a la inclemencia y a sufrir los rigores de una noche fría, cual podía haberla en terreno árido, donde ni agua se encuentra!» Artaza, el punto de la lucha. De lo que fué ésta para ambos bandos nos facilita el testimonio otro Córdoba, don Fernando, el hermano, que en sus *Memorias Intimas* tanta luz proyecta sobre aquella primera guerra civil. La retirada hacia Estella, que no ha quedado precisamente como ejemplo de lo que debe ser ese movimiento, cancelaba una batalla en la que, según Pirala, el ejército cristino «además de haber perdido mucho de su espíritu, sufrió en lo material pérdidas considerables...»

Zumalacárregui continuaba señor de las Amézcoas, en tanto que Valdés seguía personificando la indecisión, con gran enojo de sus generales, sobre todo de Oráa, que quebrantó patrióticamente la disciplina con sus cartas y oficios, en los que reclamaba una modificación a fondo en el sistema y en el procedimiento. Seguía la interferencia de la política y se pretendía la ayuda foránea, que no se despoja jamás de su sentido hipotecario.

Nadie mejor que don Fernando Córdoba para transmitir la realidad de los frutos del mando sucesivo de los generales en jefe cristinos, que hubieron de contender con el caudillo de don Carlos: «A todo esto, Valdés había entregado el mando por falta de salud a Espartero, y éste, como Latre y como otros generales, se daba de baja por enfermo. De sucesión en sucesión, el brigadier Tello, oficial de gran bravura, pero que todavía no era bien conocido, llegó



Luis

El General don Luis Fernández de Córdova. (Grabado que figura en la obra *Mis Memorias Intimas*, de su hermano don Fernando; edición de 1886, tomo I).



El general don Tomás de Zumalacárregui. (Dibujo que figura en el libro *Bibliografía e Iconografía del Carlismo Español*, de Melchor García Moreno).

a gobernar las armas. El conde de Valmaseda, capitán general de Burgos, fué a reclamar y obtuvo con honra propia aquella sucesión del mando en el ejército, hasta que recayó por último en La Hera.»

El desaliento de tanta desdicha llegó a Madrid, en cuyas calles se exteriorizaba la ansiedad, no ocultándose el pánico. En esos momentos se concentraron las esperanzas en el general que en el Norte había demostrado que conocía la estrategia y que estaba mejor dotado de condiciones militares que los otros generales, los que solamente le excedían en edad, y entre los que su elevación y notoriedad no fomentaba emulación sino enojo, que se exteriorizó en algunas acciones, en las que se procuró retardar la aportación de esfuerzos, contrarrestando los planes de conjunto de Córdoba. Entre esos generales supuestos preteridos, se distinguieron Lorenzo y Espartero.

El mando le venía a las manos a don Luis Fernández de Córdoba, que no estaba dispuesto a saltarse todo el escalafón de generales, como afirma un biógrafo algo avieso, sino que conocía la responsabilidad que el mismo entrañaba. Pero caballero de conducta tanto como de linaje, se aprestó al cumplimiento de su deber, dando fé de lo que dijo a su hermano días antes de su designación para el alto puesto: «Veo que el mando del ejército viene a mí, llamado a ese puesto por la opinión y las circunstancias. No lo deseo; tampoco lo rehusaré, porque hay en ello una obligación que me impone la patria y una cuestión de honor para nuestro nombre.»

CÓRDOVA, GENERAL EN JEFE

Cuando fué nombrado para el alto cargo, Córdoba, al contrario que los generales sus antecesores, no se jactó de poseer un plan decisivo, ni de acabar con los carlistas con la perentoriedad de término señalada por alguno de ellos. La noche anterior a su marcha para tomar posesión del mando de las fuerzas, asistió al Consejo de Ministros, y ante el Gobierno declaró que «no había formado por el momento plan alguno sobre las operaciones, pero que estaba resuelto a salvar a Bilbao o perecer».

Iba el general a demostrar que el arte de la guerra permite la utilización de todos los terrenos, si el que posee el mando se atiene a los principios acreditados con su intervención por los generales que se distinguieron en la Historia; que los ataques frontales y con grandes fuerzas en la montaña son siempre desastrosos para el que

los emprende, olvidando la eficacia de los movimientos envolventes, con apoyo en la retaguardia y en los flancos; que es peligroso operar con una retaguardia entregada por completo al enemigo; que las marchas exigen el máximo de seguridades, para que se queden en disposición continuada de servicio los elementos de vida, con el apoyo de las bases sucesivas; que en los cantones o campamentos ha de tomarse el máximo de precauciones, asegurando al soldado las condiciones precisas para su descanso y tranquilidad de espíritu, necesarios a la continuidad de su intervención; que el jefe ha de suscitar el celoso cumplimiento del deber, mediante el cariño y la asidua tutela de sus subordinados.

Córdoba, calificado de «ilustre pero desgraciado general» por uno de los biógrafos de Espartero, salió para el Norte. Ya en Valmaseda, se le mostró lo crítico de la situación al no hallar la escolta que le garantizara. Las fuerzas carlistas interponían con eficacia sus elementos. El general y el grupo de ayudantes y de soldados que logró reunir se enfrentaron a las fuerzas de Castor, que les impedían el paso hacia Portugalete. Uno de los acompañantes de Córdoba, su hermano, nos pinta con colorido la situación: «Luchábamos a la desesperada, con la idea de alcanzar el ejército para salvar al país. Durante cuarenta y ocho horas no cesamos de caminar sino en los pocos momentos en que dábamos de comer a los caballos. Las dos cortas compañías de infantería resistían más las fatigas que aquéllos, y los hombres parecían fantasmas que marchaban durmiendo.»

Alcanzado Portugalete, le llega la noticia que daba un giro imprevisto a la situación: Zumalacárregui había muerto, luego de soportar los excesos de cortesanos, curanderos de la política, y de Petriquillo y Tellería, curanderos de la medicina. Faltaba ya el alma de la causa carlista. Faltaba el hombre de amplia visión, que con rapidez se daba cuenta de las situaciones y con idéntica celeridad hallaba el medio de resolverlas; el que en el respiro de las acciones de guerra organizó un ejército, reclutando los hombres, encuadrándolos, disciplinándolos; el que estableció un servicio de espionaje tan articulado, que comenzaba en los alcaldes y miembros de la justicia y terminaba en la cuitada aldeana perdida en uno de los blancos caseríos que cantara Iparraguirre, el último bardo. Toda la organización, abastecimiento, distribución y mando, en una sola cabeza, que al mismo tiempo ha de resolver los problemas tácticos que le plantea el enemigo. Flexibilidad para hacer frente, adecuando la ré-

plica a la acción del enemigo y utilizando en cada intervención el modo, el *tempo* preciso. Desde el otoño de 1833 se desarrolla la lección, que concluye el 15 de junio de 1835 en Begoña.

MENDIGORRÍA

El nombre de Córdoba confortó a las desorientadas fuerzas que iban a tener como divisa «Isabel y libertad». Córdoba llega a Bilbao, y a poco, como nuncio de la decisión del nuevo caudillo, realiza el coronamiento de la Peña de Orduña. La fuerza carlista estaba sobre Puente la Reina, en cuya localidad la previsión de Córdoba había hecho entrar un convoy de víveres y de municiones, lo que permitió volver a ocupar la ribera del Arga. Vitoria y Logroño contemplaron los aprestos, tuvieron certeza de la decisión del caudillo que iba dispuesto a no seguir sombras, sino a desvanecerlas. Una fecha demostrativa fué la del 16 de julio de 1835, en que tuvo lugar la batalla de Mendigorria.

Dos recientes generales con mando en jefe se enfrentaron en el pueblo citado, Moreno y Córdoba, ambos recibidos con recelos en sus respectivos campos. Moreno ansiaba un triunfo que lo ahincase entre sus mandos, y creyó la ocasión oportuna situándose en ese vértice de un hipotético triángulo, cuyos otros dos vértices eran Estella y Puente la Reina. Dieciocho mil de sus hombres desplegaron, rompiendo así la característica guerra de montaña, que tan fructífera fuera a Zumalacárregui, y disponiéndose a derrotar en batalla campal a los ejércitos de la Reina, acelerando el triunfo definitivo de Don Carlos.

En la noche del 15 de julio, las fuerzas estaban distribuidas. Moreno situó sus tropas delante de Mendigorria, frente a Artajona y Larraga, dejando varios batallones en Obanos, al mando de Eraso, y a la división alavesa que mandaba Villarreal, en el lado opuesto del puente que conduce de Mendigorria a Cirauqui. A lo largo de unos cerros se extendía la línea carlista, la derecha apoyada sobre el río, la izquierda sobre unas colinas aledañas al camino de Obanos. El puente no era ancho, y aunque el río resulta vadeable por varios sitios, la comunicación entre las tropas quedaba reducida a esa sola vía. Además, quedaba muy reducido el campo de maniobra delante del pueblo, y por lo mismo sumamente expuesto al fuego de la única batería de que dispuso Córdoba y aun de la fusilería. Llegaba el

momento de evidenciar el máximo valor que tiene el desarrollo de acciones consecutivas en ambas orillas de un río que corta en sentido longitudinal el campo de operaciones.

El ejército cristino tenía en Artajona, el día 15, su centro y la derecha; al siguiente día actuaría en ese costado en su avance sobre el pueblo eje de la acción. En su centro la división de la Guardia, al mando de D. Santiago Méndez Vigo, y una brigada de línea. La derecha estaba formada por tres batallones y 300 caballos, al mando de Gurrea, y una brigada al de otro Méndez Vigo, D. Froilán. La izquierda, dirigida por Espartero, estaba integrada por su división y la del barón del Solar de Espinosa. La caballería, a las órdenes de D. Narciso López, se mantenía a retaguardia, entre la izquierda y el centro, con la misión de acudir al punto en donde su presencia fuese más necesaria, enlazando todos los sectores. Línea oblicua esta cristina, en la que el orden de batalla era rebasar la derecha, en terreno propicio a la eficaz intervención de la caballería.

Al amanecer del día dedicado a exaltar a la Virgen marinera, Córdova se mostraba alegre y optimista. La posición de las respectivas fuerzas le daba la seguridad del triunfo, y esa confianza ganó la de los jefes a sus órdenes. Estaba convencido del error carlista en relación a la importancia estratégica del río, que constreñía los obligados movimientos en la angostura del campo de maniobra.

Previas las escaramuzas de reconocimiento de la brigada de Gurrea con la izquierda carlista, Córdova ordenó a Espartero, que se hallaba en Larraga, que atacase con tres brigadas la derecha enemiga, la cual se apoyaba en el cerro de la Corona, en la margen izquierda del Arga, dejando la cuarta brigada de reserva; al mismo tiempo, ordenó a Gurrea que atacase para envolver la izquierda por la parte de Obanos. La brigada de D. Froilán Méndez Vigo tenía como misión contener a las fuerzas de Eraso en Obanos, cubriendo con la extrema derecha cristina el pueblo de Artajona, base de las tropas. Agrupada la caballería, dominaba los caminos de Artajona a Larraga y desde este pueblo a Mendigorriá, en terreno propicio para su actuación.

Espartero en su avance envolvió la derecha de la línea carlista, amenazando separarla de las reservas. De las alturas de Corona desalojó al enemigo, al que quebrantó con sus cargas el barón del Solar de Espinosa, ayudado por Tello. Los carlistas descendieron al río, pasando presurosos el puente, sin que pudiera detenerlos la decisión de Villarreal, que con las fuerzas de reserva defendía aquél.

Desorganizado cruzó el enemigo. Entonces, Córdoba ordenó a Narváez que tomase el puente, lo que verificó con decisión el furioso lojeño.

No todo el ejército carlista superviviente pudo utilizar el paso sobre el río. Quedaban en Mendigorria unos cinco mil soldados, que fueron obligados por carga de los soldados de la Guardia y de Extremadura a cruzar el Arga por un vado. Durante esta operación de cruce se presentó López con sus jinetes para atacarlos de flanco, ataque que difirió con débiles pretextos. Repetía su pasividad de Mendaza, olvidando que «no está en las batallas la victoria, sino en las persecuciones, porque el arte de la guerra no consiste solamente en vencer en el campo, sino en sacar partido de los resultados adquiridos allí, eslabonando los triunfos en una serie progresiva, que empiece por una pequeña ventaja y acabe por el aniquilamiento y muerte del contrario».

Gracias a la actitud de López, cinco mil soldados de Moreno quedaban en disposición de proseguir la lucha. Un historiador carlista, Oyarzun, indica: «Los carlistas se retiraron en dirección a Cirauqui, débilmente perseguidos por los cristinos, quienes no se comprende cómo no lanzaron su numerosa caballería en su persecución para hacer más definitivo su triunfo».

Don Luis Córdoba, caballero en todo momento, no empaña en su *Memoria justificativa* el nombre de López; no le culpa directamente, como hace su hermano D. Fernando (1); se limita a la queja, sin dar el nombre del que se detuvo en la partida cuando estaba determinado el movimiento de sus peones. D. Luis sintetiza el resultado del modo demostrativo que en él es habitual: «Después de reanimar, levantar el bloqueo y abastecer la ciudad de Vitoria, entré en Logroño, seguí al socorro de Puente la Reina, y dí la batalla de Mendigorria, que hubiera podido ser el término de la guerra sin la desgraciada fatalidad que nos privó de sacar todo el fruto que la victoria prometía, por lo mucho que en ésta batalla había arriesgado el enemigo, confiando ciegamente en la superioridad que con sus re-

(1) «... cuando se presentó en el flanco el brigadier cubano López para cargarles con la caballería. Esta carga no se ejecutó: López pudo hacerlo, pero lo dificultó con fútiles pretextos, y dejamos de coger miles de prisioneros. Era la segunda vez (la primera en Mendaza) que mi hermano, por faltas de López —y no diré por cobardía, porque aquel desgraciado era valiente, y valiente como pocos— dejaba de coger prisionero la mitad del ejército contrario, y con él el fruto de la victoria.»

cientes ventajas se atribuía. Pero los malos hábitos de guerra que habían contraído nuestras tropas, dispersándose en la victoria como en la derrota, no permitieron dar a nuestro triunfo todo el alcance de que era evidentemente susceptible; y Don Carlos y sus huestes se salvaron por instantes de una situación desesperada.» ¡Cuántos adversos resultados explican las palabras del general «dispersándose en la victoria como en la derrota», que evidencian cómo eran negados prácticamente principios básicos del arte militar!

Con todo, la batalla de Mendigorría tuvo gran importancia moral y fué oportuna en los órdenes cronológico y político. En ella quedaba afirmado un prestigio militar discutido, ahincadas realidades que podían tener una continuidad si eran mantenidas la confianza y disciplina preconizadas, y si se lograban subsanar defectos onerosos en la organización de los cuadros y en el orden de los aprovisionamientos.

Córdoba marchó a Pamplona para ofrecer el mando supremo a Sarsfield, que éste no aceptó alegando su estado de salud y sobre todo los merecimientos del general victorioso en Mendigorría, favorito ahora del ejército y de la opinión. No se equivocaba el veterano militar. En toda España la batalla junto al Arga había causado sensación. El alivio experimentado elevó el nombre de D. Luis Fernández de Córdoba, fijándolo como símbolo de victoria. Militares prestigiosos opinaban que, a partir de Mendigorría, la guerra comenzaba a entenderse; el Gobierno ascendía a teniente general a su artífice y la prensa ensalzaba al que prometió al salir de Madrid camino del Norte «perecer bajo los muros de Bilbao, o salvarla».

PECULIARIDADES DE LA LUCHA

Los laudes recibidos por esa acción, que alteraba las características de los hechos bélicos desarrollados en la faja norteña, no alestargaron al general en jefe, que ya comenzaba a resentirse en su salud. Córdoba conocía el terreno, la población indígena y su identificación con la causa de Don Carlos, y la constitución y funcionamiento de las fuerzas cristinas, y este conocimiento lo presenta con toda claridad en su obra decisiva, la que sitúa su nombre por mérito propio en el reducido núcleo de los grandes escritores militares.

La situación estratégica de las fuerzas contendientes las fija en una síntesis necesaria para todo aquel que desee enjuiciar actuacio-

nes: «Los rebeldes obran, pues, siempre *en ofensa y desde un centro inexpugnable* (que no tienen ningún interés en guardar y que no podemos nosotros *ocupar nunca*, por más que penetremos en él), *sobre una vastísima y débil circunferencia, sembrada de puntos vulnerables*. El ejército de la Reina obra defendiendo estos puntos, defendiendo aquella línea frontera de 93 leguas, y *ofendiendo* cuando puede *los puntos vulnerables del enemigo*. Estas tres obligaciones constantes ha de ejercerlas siempre *defendiendo la circunferencia contra el centro y ofendiendo el centro desde la circunferencia*. Que los militares mediten un poco esta situación respectiva de los dos ejércitos beligerantes, y casi nada más tendré que decir a los que de tales tengan algo más que el uniforme.» El aserto estaba demostrado por el jalonamiento de acciones que llenan el período de mando de Zumalacárregui.

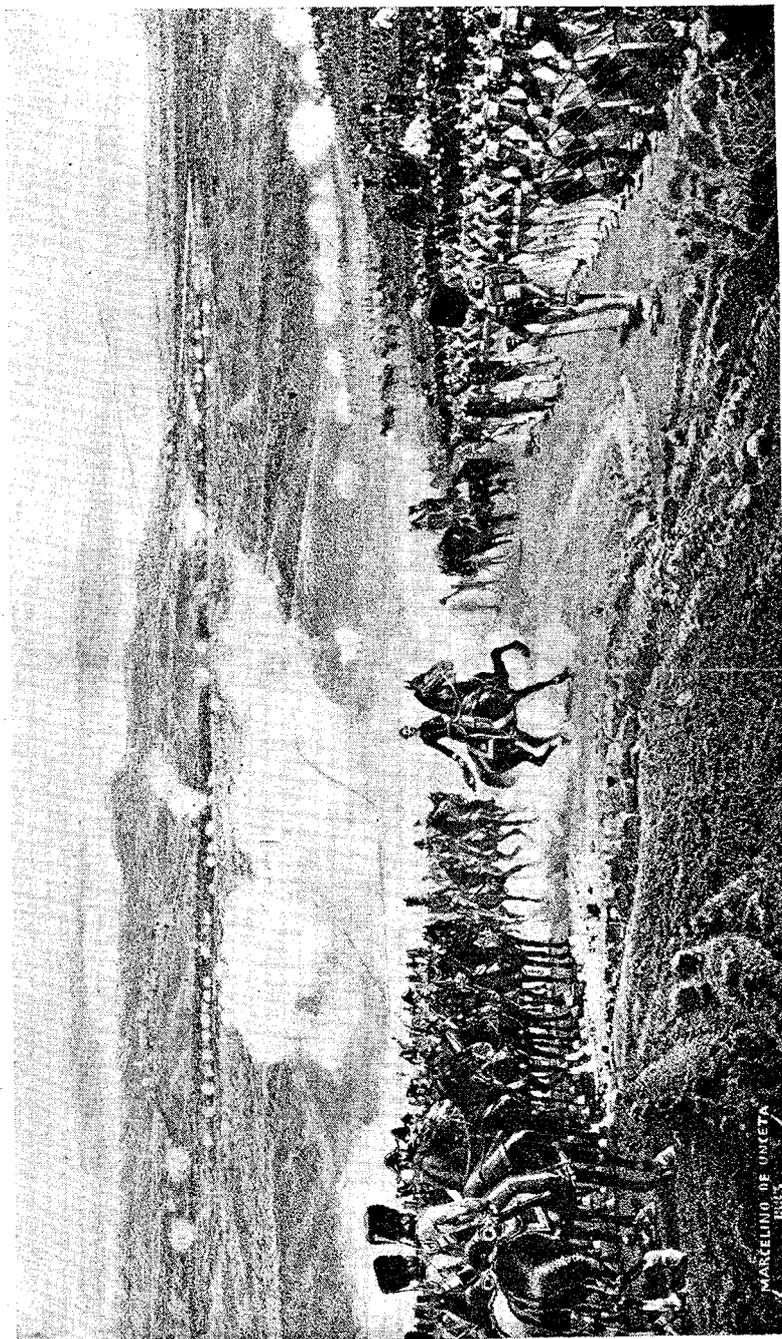
En la obligatoriedad de actuación a que ese planteamiento forzaba, aparecía todo un pueblo colaborando con los que, mediante las armas, respondían a sus sentimientos políticos. El país vasconavarro aportaba sus servicios, contrarrestando en unos casos y deshaciendo en otros la acción cristina. Un famoso escritor, al referirse a la acción de Artaza, nos muestra una situación que puede ser aplicada a cualquier fase de la campaña: «Lo peor de aquella tremenda jornada era que los cristinos no encontraban ningún apoyo en el país; el vecindario huía de los pueblos, poniéndose al amparo de la facción; a ningún precio se encontraban aldeanos ni pastores que quisieran practicar el espionaje; la ignorancia de los movimientos del enemigo y de los puntos en que pernoctaba eran motivo de grande confusión para los generales; nadie sabía nada; había que esperar los hechos, subordinando todo el plan a lo que resultara de los del enemigo, por lo cual el verdadero director de la campaña era Zumalacárregui, como jefe de su ejército, dueño absoluto del país en que operaba y de todo el paisaje navarro.» Aun cuando el director varió con la muerte del caudillo, el pueblo siguió actuando con eficacia.

Esa intervención decisiva, la plantea Córdoba sin ambages: «Las noticias dirigen las operaciones como la brújula y la carta a la navegación. El enemigo las tiene todas. Nuestro más pequeño movimiento es notado y comunicado por señales que primero lleva el aire a sus jefes, de altura en altura, y luego corren por partes verbales de puesto en puesto y a cada instante. El telégrafo es menos veloz y seguro que aquellas señales: nada escapa, nada puede escapar de

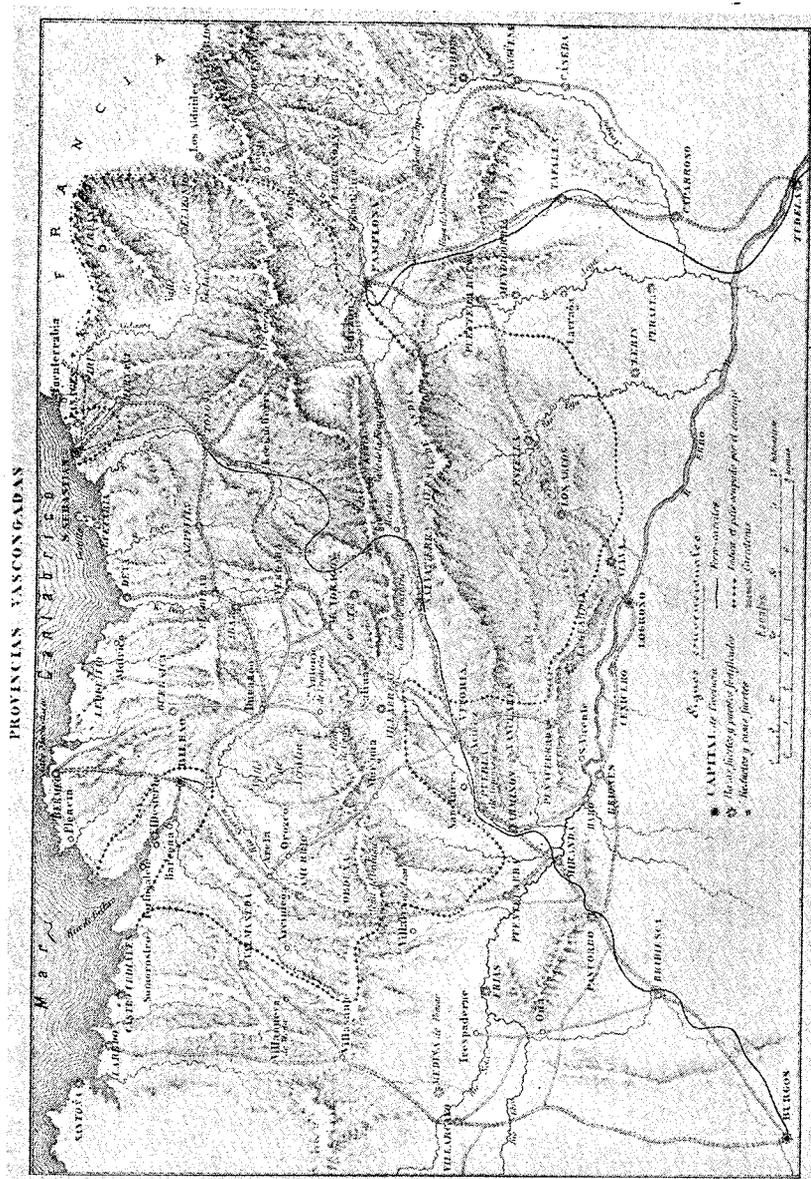
la vigilancia de las partidas de observación que nos circundan y siguen desde el momento que salimos de nuestro terreno.» En la red del espionaje quedan prendidos desde el general al último mochilero. Millares de hombres iban a la captura de la noticia, causando la incomunicación absoluta entre los puntos cristinos. Y una estadística sin par: «En cuarenta y ocho horas fueron interceptadas trece comunicaciones que dirigí desde Estella a los generales mis compañeros. De veinte mensajeros, diecinueve van a presentar a los rebeldes su mensaje, y el que es fiel raras veces escapa y llega.» La conclusión que de todo ello obtiene Córdova es que «la lucha se puede rigurosamente comparar en todos estos conceptos a la de dos hombres, de los cuales uno tiene vendados los ojos, pues del enemigo no sabemos, entrando en operaciones, nada de cierto, o lo que es peor, no sabemos sino lo que él se encarga que se nos diga».

Esta cooperación íntima y continua se muestra en el abastecimiento, decisivo para la integridad del soldado en campaña. También son decisivas las palabras de Córdova: «El enemigo no tiene que llevar consigo sus subsistencias, ni ocuparse jamás en buscarlas. Allí donde llega o se encuentra, el país dirigido por las autoridades civiles le ha puesto, por decirlo así, *la sopa en la mesa.*» En cambio de esta facilidad carlista, aparece la acumulación dificultosa del abastecimiento cristino. Víveres, vestuario y municionamiento, son incentivos en las apelaciones epistolares de Córdova al Gobierno. Porque aun cuando los elementos necesarios a la subsistencia y actuación del soldado lleguen, que muchas veces no llegan, a los límites de los estacionamientos, el llevarlos hasta el teatro de operaciones obliga a la utilización de centenares de acémilas y de servidores, que «obstruyen la marcha a punto de hacerla lentísima y muy peligrosa en los desfiladeros, barrancos, ríos, sendas y demás accidentes continuos por donde se marcha y opera». La premisa es concluyente: «El enemigo encuentra donde quiera que comer, y el ejército, llevando como el caracol la casa a cuestas, no puede asegurar su vida sino por tres días a lo sumo si penetra al interior.» Inconvenientes gravísimos éstos del precario abastecimiento que había de sufrir años después otro general capacitado, el Marqués del Duero, víctima de la guerra irregular característica del país, que ponía el cingulo de sus montañas, demostrando la efectividad del aserto: «Es casi inexpugnable el obstáculo que pone un país ceñido de elevaciones ásperas y accidentadas.»

Si precario fué el aporte de la intendencia, no fué muy excesivo



La batalla de Mendigorría, según un dibujo de Marcelino de Unceta. (De obra *Mis Memorias Intimas*, de don Fernando Fernández de Córdova).



El teatro de Operaciones en el país vasco-navarro. (Croquis que figura en el libro *Noções de Arte Militar* de Francisco Villamartín; edición de 1862).

el de los soldados de que Córdoba pudo disponer en su empresa. Con los efectivos a sus órdenes prosiguió aprovechando la ocasión de batir al enemigo, y las operaciones de liberación en Puente Larrá y Oña, que costaron el mando a Moreno, las acciones de Salvatierra, de Cirauqui y Mañeru, del Montejurra, de Ulibarri-Gamboa, de Arlabán, de Orduña, de Valmaseda y Zubiri, entre otras; las expediciones continuas por las provincias en guerra, el cierre de la frontera con Francia, confirman la actividad de Córdoba. Pero no bastaba esto para los que, sin conocimiento de causa, le calificaban de inactivo y exigían una victoria como la de Mendigorriá cada veinticuatro horas. Uno de los argumentos que manoseaban para ese cómputo de inactividad del general era el gran número de soldados puestos a su disposición.

Al cargo responde con su precisión acostumbrada el culpado: «Pero de esos 120.000 hombres a que se hace ascender la fuerza que tuvo el ejército, contándole los 30.000 de la reserva, que sin embargo siguió empeñada en las atenciones excéntricas de las cuatro provincias que ocupaba, ¿cuántos quedaban hábiles para prestar auxilios directos en las primeras líneas de operaciones? He aquí lo que los críticos no examinaban sin duda, y lo que yo voy a explicarles...» Y lo hace en detalle. De los 120.000 individuos totalizados, 43.700 estaban «estancados en las guarniciones», 20.000 en comisión (en almacenes, oficinas, con licencia, etc.) y 20.000 enfermos, heridos o convalecientes. «Es bien claro —continúa Córdoba— que venimos a parar en que no pasaba de unos 36.000 hombres la fuerza real y efectiva, la fuerza verdaderamente disponible para obrar en campaña en toda la extensión de ocho provincias, con sujeción a las condiciones generales y a las especiales atenciones a un tiempo defensivas, conservadoras y ofensivas...» Tajante es su conclusión, no desmentida: «Pero en cuanto a refuerzos militares, *no los recibí nunca.*» Sólo recibió los refuerzos que la misericordia del cielo juzgó precisos para «tolerar, silencioso y resignado», las incesantes acusaciones de sus detractores, a los que «con pocas palabras» podía confundir (1).

En procedimiento demostrativo fijó el volumen de la aportación militar extranjera, la que, ni en efectividad ni en eficacia, se corres-

(1) Con la determinación cuantitativa, coincide Villamartín diciendo: «De los 130.000 hombres que tenía [el ejército liberal] apenas le quedaban 40.000 para las operaciones...».

pondía a lo propalado por quienes estaban propicios a sobrevalorar lo externo, acaso para quitar méritos intencionadamente a lo propio.

LAS LÍNEAS

Dado el singular tablero de la guerra, las cortas comunicaciones enemigas, que permitían en una hora saber en Bilbao lo que en Vitoria se estaba haciendo, en tanto que los cristinos precisaban de tres días para llevar una comunicación desde Vitoria a Pamplona; dado que eran imposibles las operaciones desde la circunferencia cristina al centro en donde el enemigo se hallaba; dado que este enemigo podía llevar a todos los lugares que lo juzgase preciso las tres armas, en tanto que los cristinos no podían llevar al interior del país ni artillería ni caballería, porque a los accidentes naturales del terreno se unía el estar cortados los caminos con profundas y amplias zanjas; dado el dificultoso servicio sanitario, que retenía diez hombres por cada camilla utilizada; dada la carencia de puntos de apoyo fortificados, el general Córdova estudió un sistema de actuar con eficacia, restando posibilidades al enemigo, reduciendo su área de movimiento y la intervención de los infinitos colaboradores en la causa carlista.

El sistema descansaba en las siguientes proposiciones, que Córdova apoya en extenso razonamiento: 1.^a, las acciones de un cuerpo fuerte hacia el interior del país tienen mil inconvenientes de distinta naturaleza, pero del mismo rigor y alcance; 2.^a, los puntos perdidos no pueden recobrase, pero aunque serían de grandísima utilidad, la guerra no llegaría por esto a su término; 3.^a, no se puede hablar de operaciones combinadas, porque faltando el primer elemento de toda combinación, que es la fuerza, no es posible actuar sino con un cuerpo; 4.^a, dada la movilidad del enemigo, su recuperación tras una derrota sería inmediata, volviendo al punto anterior con la tranquilidad de un ejército en parada; 5.^a, los combates que podemos dar al enemigo son siempre ineficaces como improductivos, pues los que hemos prodigado hasta aquí le han hecho guerrero y han engrandecido la rebelión; luego esos combates no me convienen a mí, que busco el medio de subyugarla.

Como solución estaba el bloqueo, apoyado en líneas bien determinadas, bloqueo y líneas que respondiesen al propósito cardinal que movía al general: «Es preciso, pues, dije para mí, restablecer ante

todo nuestra superioridad en todas las armas, y particularmente en la caballería; dar al ejército los hábitos de combatir en línea que no tiene, y corregirle de los malos que ha contraído en la montaña, combatiendo como tropas ligeras: conseguido esto, es menester dominar exclusivamente las tierras llanas que producen y proveen a las necesidades naturales de la rebelión, y hacer sentir en ellas las ventajas de la paz, al mismo tiempo que en la montaña todos los rigores de la guerra: es, pues, preciso interrumpir las comunicaciones de éstas con aquéllas.»

Córdoba no se proponía con sus líneas levantar una nueva Muralla china, impenetrable y capaz de solucionar la guerra apenas estuviera logrado el conjunto de sus lienzos. Con su demostrada sagacidad salía al paso de tal creencia diciendo: «Línea militar no es lo que con grave error han creído muchos que razonan como si aquella fuese una muralla. Las líneas pueden ser de muchas clases diferentes, que se distinguen con otros tantos nombres. Las que yo construí variaron según los obstáculos, facilidades o exigencias del terreno, pero como todas se encaminaban al mismo objeto, y como se componían de varios sistemas, las designaré con el nombre de líneas de bloqueo.»

La primera de esas líneas fué la del bajo Arga, que afirmó la comunicación con Pamplona, aseguró la Ribera con un solo batallón, cuando antes retenía los servicios de catorce; permitió circular con seguridad los correos y los pequeños destacamentos, e hizo imposible el sitio de Puente la Reina, posición excelente. La línea iba reforzada con otra en el río Aragón. Como ensayo de las otras líneas sucesivas fué proyectada esta primera, cuya utilidad se logró con volar seis puentes y fortificar un pueblo.

La segunda línea aseguró a Vitoria como base de operaciones. La capital de Alava sufría un incesante bloqueo y no podía mantener su tráfico sino con la aportación de Miranda de Ebro. El terreno accidentado, el hallarse la población expuesta a la continua actividad de las partidas, exigía la intervención de grandes unidades en servicio. El Zadorra y los puntos fortificados de Armiñán, Nanclares y Ariñes, aseguraban los propósitos de Córdoba. Las guarniciones de esos puntos alcanzaban sólo a ochocientos hombres, conjunto suficiente para que centenares de acémilas realizasen en seguridad el diario abastecimiento y pudiera Córdoba afirmar que «de Madrid a Leganés no se viajaba más seguro».

La tercera línea la integraban el Ebro, las obras realizadas en

Miranda, Puente Larrá, Haro, Logroño y puestos de observación en los vados, tan numerosos éstos, que en sólo siete leguas de río existían veinticuatro. Esta línea evitó las continuas excursiones enemigas para hostilizar convoyes, destacamentos y mensajeros. El sistema de avisos mediante señales telegráficas completó el dispositivo, manteniendo alerta todos los puestos de observación.

La línea cuarta era la de la Rioja Alavesa, que consistió tan sólo en artillar La Guardia y fortificar San Vicente. Con ella quedó a cubierto toda la feraz provincia, en la que completaban el sistema defensivo los contraaduaneros de Zurbano, de modo que los recursos de la misma quedaron sustraídos al disfrute de las fuerzas carlistas, en la extensa proporción que antes y de modo permanente lo fueran.

La línea quinta era la del Condado de Treviño y la integraban las fortificaciones de Peñacerrada y de la villa de Treviño, en combinación con los fuertes de la Rioja alavesa, el dominio completo del Condado y la línea del Zadorra. Esta línea cerraba a las fuerzas carlistas el tráfico con Castilla; acortaba en seis leguas la comunicación cristiana desde el centro a la derecha de la base y facilitaba un excelente punto de partida para las operaciones futuras sobre el flanco de los valles meridionales de Andía.

La línea sexta era la de Zubiri, continuación de la primera sobre el Arga, y que se prolongaba hasta la frontera en los Alduides. No fué construída según el primitivo plan de Córdoba y no estaba terminada al tiempo de dimitir el mando su proyectista. El enemigo tuvo especial interés en que esta línea no fuese lograda, a lo que contribuyeron las mismas fuerzas cristinas abandonando el puerto de Curuchaga, posición clave en el primitivo proyecto.

Además, se contaba con la línea natural de la ría de Bilbao, en la que también se realizaron obras de mejoramiento.

Completaba el plan general de Córdoba el cierre de la frontera con Francia, bien mediante la vía diplomática, bien cortando las comunicaciones por medio de operaciones combinadas desde Pamplona y San Sebastián. También entraba en ese plan la utilización de tres cuerpos de 20.000 hombres, uno apoyado en Vitoria, otro en Pamplona y otro en San Sebastián; debían operar desde la circunferencia al centro, mediante líneas convergentes, atrayendo al enemigo los dos primeros, lo que permitiría al tercero maniobrar por la retaguardia, o distrayéndole con el primero y cortando los otros la frontera.

Fruto de «detenido estudio» considera Villamartín este plan, que, desde luego, presenta defectos como toda obra humana, pero que responde al afán de articular un sistema que permita alterar las típicas características de una lucha excesivamente prolongada.

El tratadista citado ponía sus objeciones; la primera de ellas consistía en que en las guerras de carácter civil «hay que sacrificar algo a las impacencias de la opinión pública», y que la inactividad a que eran propicias las líneas «chocaba de frente» con el espíritu público, lo que redundaría en menoscabo del ejército y prestigio de su oponente. Pero la fortificación no significa paralización sino afianzamiento defensivo, medio de contrarrestar la eficacia enemiga. Esto lo sabía muy bien Villamartín y de ello trató en el capítulo primero del estudio tercero de su magna obra.

La segunda objeción puesta por éste a las líneas, es que la escasez que se le quería imponer a los carlistas llegaría lentamente y siempre quedarían los recursos propios del país y los del contrabando. Débil es tal objeción, dado el propósito de ir reduciendo el área de utilización del tablero de la lucha, la eficacia de las fuerzas dedicadas a constreñir el contrabando y el propósito de cierre de la frontera francesa, vía principal para la introducción de elementos y de víveres.

La tercera objeción era que los carlistas, ocupando una posición central, podían desde ella lanzarse sobre el punto más débil, logrando su propósito antes de que se concentrasen las tropas de la periferia. A esta se ligaba la cuarta objeción, de que no siendo las fuerzas carlistas molestadas activamente disponían de tiempo para la eficaz preparación. Córdova no se proponía la inactividad. Claramente lo demuestran sus palabras: «Pero sería un error imaginar que el mío excluya o repruebe los combates tan sólo porque, renunciando a los inútiles y reposando sobre el hecho indiscutible de no poderse obligar al enemigo a los que para nosotros sean verdaderamente útiles y productivos, sólo admitiese como convenientes a los que lleven una mira importante y transcendental.» Recuérdense las operaciones durante toda la guerra y se comprenderá la razón de no aferrarse a la esterilidad. El general consciente ha de mostrarse avaro de la sangre de sus soldados. La fórmula de Córdova en acertada concreción es esta: «No combatir con perjuicio evidente; no combatir sin utilidad probable o a lo menos posible; avanzar en la empresa sólidamente por la adquisición, dominio y pacificación de los territorios productores, y reduciendo la rebelión a

sus estériles montañas, y por consiguiente a la imperiosa necesidad de salir de ellas para buscar la vida y encontrar la derrota, la demoralización y la muerte.»

La quinta objeción de Villamartín era que, dada la posición de las fuerzas contendientes en país montañoso, la división en tres cuerpos de ejército, obrando por líneas convergentes desde la circunferencia al centro, daba acción truncada a las operaciones. A Córdova, general que conocía el arte militar, no se le ocultaba ese principio táctico, y de ello daba pruebas a lo largo de su Memoria. En ella habla de los puntos vulnerables, de las características de la guerra de montaña, de lo que es el terreno para los carlistas. Sus proposiciones facilitan elementos de prueba sobre su conocimiento exacto de las circunstancias concurrentes.

La sexta objeción era que el ejército carlista aparecía más fuerte que cada uno de esos cuerpos y estaba en condiciones de batirlos sucesivamente. Al gran tratadista no podía sustraérsele el carácter de actuación combinada que Córdova fijó a las operaciones de esos tres cuerpos. Y él establece en su apartado sobre la teoría del combate que «el último que emplea las reservas es casi siempre el que vence».

Pese a sus reparos, Villamartín no omite su afirmación: «Este plan, a pesar de sus defectos, era producto de un detenido estudio y con algunas variantes fué en el fondo aceptado por los generales que sucedieron a Córdova en el ejército.» El tratadista conocía que a las causas militares concurrentes en el problema se unían máximas dificultades de cariz político, las equívocas actitudes de ciertos mandos, el influjo de una opinión extraviada, la cohesión de cuatro provincias movidas por un mismo deseo de triunfo. Por eso formula sus sagaces interrogantes: «¿Es lo mismo luchar provincia contra provincia, ejército contra ejército, que sostener la guerra en cada una y en todas las ciudades, y en cada una y en todas las familias? ¿Es lo mismo tener al enemigo enfrente, que tenerle sentado a la misma mesa y partiendo el mismo pan?»

Por reducir el número de esas ciudades, limitar el cómputo de familias implicadas en la cooperación y evitar la asistencia conjunta a esa mesa simbólica, luchó Córdova, propuso sus planes, trazó sus líneas. La política partidista y ambiciosa, que sabía actuar en un pueblo sin ciudadanía, al que se le manejaba con tópicos y falacias, se interpuso en su acción para dar desarrollo a su obra. Esa obra que reclama un estudio detenido, exento de prejuicios y podado de par-

cialidad. De guía pueden servir la *Memoria justificativa* de Córdoba, los escritos de tratadistas e historiadores que analizaron las guerras internas de la centuria décimonona. Del estudio saldrá valorada la figura del caudillo, que «sobrellevó con fortaleza la crítica, la injuria y la calumnia, ofreciendo su pecho a las balas, su salud quebrantadísima a las más grandes fatigas, y su honor a las crueles heridas y durísimos golpes que le asestaron sus enemigos personales y sus adversarios políticos; supo, en fin, a los treinta y seis años callar y sufrir, haciendo a su país el más grande y difícil de todos los sacrificios, pues que renunció o difirió la defensa de su honra y reputación para no agravar los males, ni agitar más las pasiones públicas, revelando los inconvenientes de la situación general a que se encontraba la suya propia identificada, y en la cual había de establecerse su defensa y vindicación». De aquel militar nato que, por una promesa del más puro cuño romántico, yace en Osuna la nombrada.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá Galiano (Antonio): *Recuerdos de un anciano*. Madrid, 1890.
 Barado (Francisco): *Literatura Militar Española*. Madrid, 1890.
 Burgos (F. de) y H. T.: *Espartero: su vida militar, política, descriptiva y anecdótica*. Barcelona, 1858.
 Cánovas del Castillo (Antonio): *El Solitario y su tiempo*. Madrid, 1885.
 Chao (Eduardo): *Galería militar contemporánea, historia de la Guerra civil del Norte*. Madrid, 1847.
 Fernández de Córdoba (Fernando): *Mis Memorias Intimas*. Madrid, 1899.
 Fernández de Córdoba (Luis): *Memoria Justificativa*. París, 1837.
 Flórez (José Segundo): *Espartero; Historia de su vida militar y política*. Madrid, 1844.
 García Tejero (Alfonso): *Historia politicoadministrativa de Mendizábal*. Madrid, 1859.
 Henningsen (C. F.): *Zumalacárregui*. Burgos, 1937.
 Jarnés (Benjamín): *Zumalacárregui*. Madrid, 1933.
 Lafuente (Modesto): *Historia general de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, 1850-67*, Madrid.
 Marichalar (Antonio): *Riesgo y ventura del Duque de Osuna*. Madrid, 1930.
 Menéndez Pelayo (Marcelino): *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, 1948.
 Mina (General): *Memorias*. Madrid, 1860.
 Momblach (Francisco de P.): *Carlos V*. Valencia, 1929.

- Ortega y Rubio (Juan): *Historia de España*. Madrid, 1900.
- Oyarzun (Román): *Historia del Carlismo*. Bilbao, 1939.
- Peña e Ibáñez (Juan José): *Las Guerras Carlistas*. San Sebastián, 1940.
- Pérez Galdós (Benito): *Zumalacárregui* (Episodios Nacionales, 3.^a serie).
- — *Mendizábal* (Episodios Nacionales, 3.^a serie).
- — *De Oñate a La Granja* (Episodios Nacionales, 3.^a serie).
- Pirala (Antonio): *Historia de la Guerra civil y de los partidos liberal y carlista*. Madrid, 1878.
- Risco (P. Alberto): *Zumalacárregui en campaña*. Madrid, 1935.
- Romanones (Conde de): *Espartero, el general del pueblo*. Madrid, 1932.
- Sánchez (D. R.): *Historia de Don Carlos y de los principales sucesos de la Guerra civil de España*. Madrid, 1844.
- Santa Cruz de Marcenado (Marqués de): *Reflexiones Militares*. Madrid, 1850.
- Sosa (Luis de): *Martínez de la Rosa, político y poeta*. Madrid, 1930.
- Vigón (Jorge): *Historia de la Artillería española*. Madrid, 1957.
- Villamartín (Francisco): *Nociones de Arte militar*. Madrid, 1890.
- Villa-Urrutia (Marqués de): *Fernando VII constitucional*. Madrid, 1922.
- — *Fernando VII Rey absoluto*. Madrid, 1925.
- — *La Reina Gobernadora, Doña María Cristina de Borbón*, 1925.
- Zaratiegui (Antonio): *Vida de Zumalacárregui*. Madrid. 1870.